

1.- INTRODUCCIÓN: CONTEXTO HISTÓRICO-FILOSÓFICO

Simon de Beauvoir nace en París el 9 de enero de 1908 y muere el 14 de abril de 1986. Siendo una niña vivió la Primera Guerra Mundial y en la edad adulta le tocó sufrir las consecuencias devastadoras de la Segunda Guerra Mundial. Vivió en primera persona la ocupación de París por parte de los alemanes y simpatizó con la resistencia francesa. Años antes había obtenido la Licenciatura en Filosofía por la Universidad de La Sorbona. En sus años universitarios Simon de Beauvoir conoció al filósofo Jean Paul Sartre, padre del existencialismo francés, que se convertirá en su pareja intelectual y sentimental. Su filosofía será, por tanto, el existencialismo, una corriente de pensamiento que se gestó en Europa -especialmente en Alemania y Francia- entre las dos Guerras Mundiales del siglo XX.

En 1949 se publicó *El segundo sexo*, una obra en la que Beauvoir plantea los temas básicos del movimiento feminista que cobra fuerza sobre todo a partir de los años 70. Pese a ello, su autora no se identifica en esta época como feminista. Su participación en el movimiento feminista no comenzará hasta 1970, cuando ya tiene 62 años.

Parece claro, por tanto, que tanto el existencialismo como el feminismo marcaron el pensamiento de Simone de Beauvoir. Vamos a conocer algunos aspectos importantes de cada uno de ellos.

En el plano filosófico las dos corrientes más importantes a comienzos del s. XIX son el **idealismo de Hegel** y el **materialismo mecanicista**. Ambas corrientes, pese a su radical oposición, mantenían un único criterio en común: la consideración del individuo **humano como un ser pasivo** y sin capacidad de decisión. El materialismo consideraba al hombre como un mero producto de las fuerzas de la materia, por lo que todos sus pensamientos y acciones podían explicarse por reacciones químicas que, a su vez, podían determinarse mediante leyes matemáticas rigurosas. Esta conclusión que Descartes trató de evitar defendiendo un dualismo antropológico se impone ahora con la corriente materialista, al negar esta el dualismo cartesiano y defender que el ser humano es solo un cuerpo, mera materia extensa. Por otro lado, el idealismo hegeliano veía a los seres humanos concretos no como los auténticos protagonistas de la historia, sino como instrumentos de los que se servía la Razón Universal para ir alcanzando sus objetivos. Hegel concebía la historia de la humanidad como un proceso en el que todas sus etapas eran necesarias y estaban previamente diseñadas por una Razón Universal (recordad el Logos de Heráclito o la Razón Universal de los estoicos) hacia la consecución de un fin: la realización plena de la racionalidad. Los sujetos humanos nada tenían que decidir sobre la marcha de la historia porque eran meros medios de los que se servía la Razón para ir avanzando hacia su meta.

Así pues, **tanto el materialismo como el idealismo hegeliano desposeían al sujeto humano concreto de su libre iniciativa**. Por este camino se fue llegando poco a poco a la total pérdida del ser humano en su singularidad personal, a la negación completa de su interioridad, de sus anhelos y angustias específicas, de sus tareas y proyectos vitales particulares.

El existencialismo constituye un esfuerzo por recuperar los valores del ser humano como persona, esto es, como individuo singular e irreplicable, ante la despersonalización y

degradación de la individualidad humana, que se había iniciado desde comienzos del siglo XIX en diversos aspectos de la vida humana. La situación social y cultural de crisis profunda a consecuencia de la terrible ola de violencia y destrucción originada por las dos **guerras mundiales**, originó una crisis de conciencia y valores y puso de manifiesto el drama de la muerte y la tristeza de la **finitud** del ser humano, lo que llevó a poner en primer plano la reflexión sobre el sentido de la existencia humana. Así, surge el existencialismo como una respuesta filosófica a este desolador marco histórico.

También debe entenderse el existencialismo **como una reacción contra el excesivo racionalismo** que, desde los antiguos griegos hasta Hegel, había imperado en la historia de la filosofía occidental. Un racionalismo que implicaba la sobrevaloración de la racionalidad en detrimento de las restantes facultades humanas. El pensamiento conceptual me permite conocer los objetos, pero en ningún caso al sujeto humano como tal. Al intentar captar al sujeto humano particular con el pensamiento abstracto, lo estoy reduciendo a mero objeto y, por tanto, lo estoy eliminando, convirtiendo en nada. De este modo, el existencialismo **coincidirá con Nietzsche en la afirmación categórica de la vida frente al intento obsesivo de racionalizarla característico de la Ilustración**.

Por último, también debe entenderse el existencialismo como un intento de cubrir el vacío dejado por el derrumbe del cristianismo en el seno de la filosofía contemporánea. El **ateísmo** defendido por Marx y Nietzsche en el s. XIX se fue extendiendo con ímpetu a lo largo del s. XX. Nietzsche subrayó que el ateísmo transformará profundamente la vida del hombre sobre la tierra, dado que Dios era el fundamento de la moral, la verdad, la religión y las costumbres europeas. Los temas centrales del existencialismo nacen como respuesta a esta **doble crisis (material y de valores)** en el intento de dar un significado íntimo y personal a un mundo que ha caído en el absurdo, en la falta total de sentido. Por esta razón, los existencialistas hacen una llamada al hombre singular para que viva una existencia auténtica, en la que trate de construirse y realizarse a sí mismo, haciendo uso de su libertad. Se trata de una invitación a tomar las riendas de la propia vida para erigir en ella un proyecto propio y personal.

2.- SIMONE DE BEAUVOIR Y EL EXISTENCIALISMO

2.1.- El ser humano como proyecto y como ser-con-los-otros

La obra de Beauvoir como filósofa hay que leerla siempre en clave existencialista. Es una afirmación básica del existencialismo la de que el ser humano es el único ser cuya existencia precede a la esencia. ¿Qué significa esto? Significa que cuando nacemos estamos indefinidos y que a través de las decisiones que vamos tomando en la vida nos vamos, poco a poco, definiendo, vamos construyendo lo que somos. Por eso los existencialistas no hablan de esencia humana, ni de naturaleza humana (no existe para ellos eso que los filósofos griegos llamaban una esencia universal humana definida por un conjunto de características comunes a todos los seres humanos) sino de condición humana. Como no existe Dios, no existe una naturaleza humana común a todos los hombres, y tampoco existen valores universales por los cuales todos los seres humanos estemos obligados a regir nuestras vidas y darle sentido a nuestra existencia.

Sin embargo, la reflexión de Simone de Beauvoir tiene siempre una inspiración ética: se propone explicarnos por qué las cosas que condena son condenables y las que defiende son moralmente encomiables.

Porque somos seres trascendentes, seres cuyo ser consiste en hacerse su ser, superando continuamente su estado actual mediante el cumplimiento de proyectos. No elegir, no

hacer proyectos, es una degradación para el ser humano, una caída de la categoría humana -a la que pertenecemos- a la categoría de cosa, categoría ontológicamente inferior. Pero también es una degradación en el ámbito de la moral; no elegir, no hacer proyectos, es renegar de la libertad, renunciar a poner en pie valores desde nuestra elección. Hacer «lo que hacen los demás porque así se suele hacer» o, no actuar con el pretexto de que mi acción no cambiará nada, es renunciar al ejercicio de nuestra libertad en el plano moral, renunciar a afirmar un valor desde nuestra capacidad de elegir.

Trascenderse significa aquí ir más allá de lo que uno es en un momento dado. Los seres humanos nos planteamos objetivos y proyectos porque buscamos trascendernos, esto es, ir más allá de lo que somos.

Ahora bien, un problema que se planteaba Simone de Beauvoir era cuáles son los límites de mis proyectos como ser humano y cuál es el sentido moral de mis acciones en relación con los demás. Dado que nuestra situación en el mundo se configura, entre otros elementos, con la presencia de otros seres humanos, ¿qué papel juegan ellos en el terreno de la moral? Los otros son para sí mismos, como yo, seres para-sí, conciencias que proyectan, pero mi conciencia los objetiva, los capta como objetos externos a mí, se me muestran como seres en el mundo, al igual que las cosas. No obstante, Beauvoir señala que es posible **conciliar mis proyectos con los de los demás en el sentido de dar más amplitud a su ser para-sí, a su ser humano, es decir, a su libertad**. En el plano moral, continua Beauvoir, **mis proyectos serán buenos, es decir, morales, solo si amplían la libertad de los demás**, solo si les abren horizontes para hacer y llevar a cabo sus propios proyectos.

Beauvoir afirma que **el valor por excelencia es la libertad**. Y el fin último de la moral - para decirlo en los términos de la tradición filosófica- **liberar la libertad**. Si concilio mis proyectos en el sentido de ampliar su libertad, mi acción es buena. Si no los concilio, poniendo trabas al ejercicio de su libertad, mi acción es mala. De modo que la buena persona es quien no toma al otro -a los demás- como cosa, sino como persona. Es decir, la que no toma al ser para-sí (ser humano) como ser en-sí. Al fin y al cabo, quien trata a sus semejantes como instrumentos que le sirven para la consecución de sus propios fines, los está degradando ontológicamente a meros objetos. Dicho de otra manera: no podemos inmiscuirnos en los proyectos de los otros -no podemos «arreglarles la vida» cuando no nos lo han pedido, sacrificar nuestra libertad para que ellos consigan metas que no se han planteado- solo podemos incidir en sus «afueras», esto es, conciliar nuestros proyectos en el sentido de dar más amplitud a su libertad; solamente incidir en su situación.

2.2.- La relación entre la libertad y la situación: la noción de “sujeto situado”.

Y así llegamos a otro de los conceptos fundamentales de la filosofía beauvoireana, el de situación. La **situación** es el contexto en el que se ejerce -o no puede ejercerse- la libertad. Un contexto que puede facilitar u obstaculizar nuestros proyectos y que es siempre su afuera.

Para Beauvoir, si bien la libertad es algo constitutivo de la realidad humana, igual que para Sartre, las posibilidades concretas que a cada uno se le ofrecen para realizarse como libertad son finitas y, además, se pueden aumentar o disminuir desde «fuera», esto es, desde «los otros» y desde las cosas. En «*Para qué la acción*» recurría a Descartes para establecer una distinción entre a) libertad sin más, que es la libertad **constitutiva** del ser humano, y b) **posibilidad** (puissance). La libertad sin más no tiene límites, es infinita; pero las posibilidades concretas que se le ofrecen son finitas y se pueden

aumentar o disminuir desde fuera. Así, sobre la libertad constitutiva de nuestros prójimos no podemos incidir: son infinitamente libres. Pero sí podemos incidir sobre sus posibilidades de ejercerla; podemos aumentarlas o disminuirlas: «el parado, el prisionero, el enfermo son tan libres como yo [...] pero [...] yo, que me abstengo de ayudarles, soy el rostro mismo de su miseria [...], **yo soy la facticidad de su situación**». De modo que, en el terreno de la moral, mis relaciones con el otro encierran la peculiaridad de que, si bien no me es dado incidir en el sentido de sus fines; sin embargo, incido siempre con mi actitud en la configuración de su situación, la cual condiciona desde el exterior el alcance de sus fines.

Por eso establece una **jerarquía de situaciones**: hay situaciones «privilegiadas», en las que la libertad se cumple en grado máximo, y otras en las que las posibilidades de realización de la libertad son mínimas: son las situaciones de esclavitud, como el caso de las mujeres en el harén o de los esclavos negros en América, ejemplos vivos de mínimo grado de libertad, contextos de mínimo grado de moralidad también.

3.- La mujer como la «Otra» (alteridad): la falta de simetría entre hombres y mujeres.

El modo de vivir de las mujeres y de realizar sus proyectos empezó a interesar a Beauvoir a partir de los treinta años. Su reflexión inició una nueva manera de enfocar el feminismo en el plano teórico: el paso de la reivindicación de derechos al análisis de las condiciones de las que deriva el significado de ser mujer; en sus propias palabras: las condiciones que hacen posible la fabricación de “ese producto intermedio entre el varón y el castrado que se califica como femenino”.

Empezó analizando los mitos de nuestra cultura, en los que encuentra una falta de simetría entre hombres y mujeres en nuestra sociedad. Esta **desigualdad** se manifiesta incluso en el hecho de que, para las mujeres, parece necesario presentarse como mujeres antes que mediante cualquier otra característica. Se suele considerar que ser mujer sitúa a estas en un punto de vista parcial, específico, que no puede ser pasado por alto, mientras que la perspectiva del varón se considera sin más como la perspectiva del ser humano en general, objetiva, neutra, que no requiere justificación. Pongamos un ejemplo: cuando las mujeres dirigen películas o escriben novelas, se plantea a veces la existencia de un “cine de mujeres” o de una “literatura de mujeres”. Ante el cine o la literatura realizada por varones no se plantea la cuestión: se trata simplemente de cine o de literatura.

Esta diferente consideración lleva a Beauvoir a afirmar que hombres y mujeres no constituyen dos categorías humanas simétricamente definibles. No son polos opuestos (metáfora de los terminales positivo y negativo de un circuito eléctrico) entre los que se mantienen relaciones recíprocas de reconocimiento mutuo. Se sirve de la categoría de Otro (alteridad), de origen hegeliano, para explicar cómo en todas las sociedades conocidas la cultura ha constituido dos categorías de individuos que se relacionan desde posiciones de poder desiguales. **La mujer ha sido concebida como la Otra**, la Alteridad, por el varón, que se considera a sí mismo como el elemento positivo y neutro al mismo tiempo. El varón se define como “el Mismo” frente a “la Otra” que es la mujer.

Continuando con la influencia de Hegel, utiliza la **dialéctica del amo y del esclavo** para explicar la relación histórica entre hombres y mujeres: Todo ser humano es consciente de sí. Es por ello, una conciencia, se reconoce como conciencia particular, distinta a los demás. El reconocimiento de uno mismo requiere que cada sujeto se afirme como tal frente a otras conciencias, que a su vez afirmarán el papel de sujetos para sí mismas. Todo individuo consciente de sí puede ser “el otro” para los demás. Entre seres humanos

que mantienen entre sí relaciones igualitarias ha de ser posible el reconocimiento mutuo como conciencias.

El problema se plantea cuando los varones se afirman como sujetos, relegando a las mujeres el papel de "otras" y estas no realizan la operación simétrica de afirmarse como sujetos y, por el contrario, se someten a un punto de vista ajeno.

Se ha de averiguar, pues, qué **circunstancias históricas y ontológicas** (vinculadas a la constitución de los seres humanos como tales) se dieron para impedir que las mujeres reivindicasen su legítimo papel de sujetos y quedaran relegadas a una situación de inferioridad y dependencia respecto a los varones. Esta situación, en la que el poder social y la autoridad fueron asumidos por los varones de manera generalizada, fue legitimada y consolidada por mitos y códigos diversos, que fueron elaborados con este fin.

Según Hegel, las relaciones entre amo y esclavo se caracterizan por ser asimétricas y, al mismo tiempo, complementarias; quedan plasmadas en las tareas que uno y otro desempeñan: el amo ha arriesgado la vida en el combate y ha conseguido la libertad; el esclavo ha temido por su vida, ha preferido la vida a la libertad y solo se reconoce como ser humano en la conciencia libre del amo: lo contempla como su esencia, como su ideal. Lo mismo ocurre a muchas mujeres todavía hoy en nuestras sociedades, y aún más en 1947. Dependen en su relación de pareja de las decisiones que adopta el varón: a ellas les toca «ceder» y «condescender»; ellos deciden las vacaciones, la distribución del dinero, la educación de los hijos... y en la distribución social de las tareas, ellas suelen ser las secretarias, las azafatas, las enfermeras y las empleadas de hogar.

Amo y esclavo están unidos por una necesidad económica que no libera al esclavo. El amo necesita al esclavo y, sin embargo, esta necesidad no es usada por el esclavo para exigir su liberación. ¿Por qué? Porque el esclavo reconoce el prestigio del amo y se sabe dependiente: ha interiorizado la necesidad que tiene del amo. Si el esclavo no reconociera el prestigio, el poder del amo no tendría razón de ser para el esclavo y la rebelión ante un poder arbitrario sería concebible. Esa es la clave. Aplicándolo a la relación entre hombres y mujeres, la relación dialéctica resultaría del modo siguiente: desde las sociedades primitivas **el varón obtiene prestigio por la realización de acciones en las que se arriesga la vida (la caza y la guerra)**. "Las servidumbres de la reproducción", supusieron un fuerte lastre para el desarrollo existencial de las mujeres, que no podían entonces decidir ni controlar sus maternidades, lo que impedía su libre desarrollo y su participación en las actividades que otorgan prestigio y reconocimiento social. Este hecho posibilitó que el varón ejerciera su poder sobre las mujeres, que son sometidas. **No obstante, los varones necesitan como conciencias el reconocimiento de las mujeres**, por lo cual dependen de la relación que mantienen con ellas. Para obtener su reconocimiento y mantenerlo, los varones compensarán las desventajas que las mujeres padecen en la relación no igualitaria **asumiendo tareas de protección** material sobre ellas. Al mismo tiempo, ellos asumen todos los riesgos del existir humano, porque son los únicos que toman la iniciativa en empresas propias, son los únicos sujetos.

El prestigio y reconocimiento social, conseguido por los varones mediante la realización de acciones que conllevaban riesgo, posibilitó la gestación y consolidación de un sistema de opresión sobre las mujeres. **Cuando este sistema se organiza en instituciones y se justifica mediante códigos escritos, recibe la denominación de patriarcado.**

La relación de vasallaje en que se han encontrado las mujeres respecto a los varones de manera generalizada a lo largo de la historia solo **puede ser superada cuando las**

mujeres tengan las oportunidades necesarias para que se produzca su emancipación plena. Han de poder afirmarse como sujetos de sus propios proyectos vitales y ello requiere la modificación de sus relaciones con los varones. **Cuando ellas se afirmen como sujetos, podrá tener lugar el reconocimiento recíproco que posibilitará las relaciones igualitarias entre hombres y mujeres.** La emancipación de las mujeres solo será posible en esta lectura feminista de la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo, cuando las mujeres decidan con plena libertad la maternidad, no recaigan sobre ellas exclusivamente las tareas del cuidado y gocen de autonomía económica en igualdad de condiciones con los varones.

La actitud moral.

Desde el punto de vista existencialista que adopta Beauvoir, entiende como opresión el coartar la libertad a un ser humano y no permitirle ejercer su trascendencia. **El ser humano es trascendencia** precisamente porque tiene forzosamente que ejercer su libertad mediante el proyectar y el llevar a cabo sus proyectos. Al proyectar y perseguir un proyecto se confirma como ser humano, como ser que proyecta y, por tanto, como ser libre. No podemos dejar de ser libres si queremos seguir siendo humanos. Si no ejercemos nuestra libertad nos rebajamos ontológicamente, descendemos a la categoría de cosa. Nos quedamos en la inmanencia renunciando a trascendernos. No elegir es una degradación moral, un mal moral. Quedarse en la inmanencia puede deberse a dos diferentes motivos: a) a que consentimos en no hacer el esfuerzo de ejercer nuestra libertad, lo cual es caer en la **inmanencia por consentimiento**: inmanencia consentida, lo que equivale a la mala fe; b) a que no podemos ejercer la libertad porque se nos impide: **inmanencia infligida**, lo que equivale a opresión. En ambos casos un mal, un mal absoluto. Pero que puede venir por dos vías diferentes: por aceptación del sujeto, o por imposición. El primero (a) en que el sujeto consiente, es decir, renuncia libremente a elegir, obra de mala fe, como cuando por no hacer el esfuerzo de decidir, hacemos lo que hacen los demás -vamos, como Vicente, a donde va la gente-. En este caso es un comportamiento inmoral por su parte, una falta moral.

El segundo (b), en que se le impide obrar libremente, sin contar con su voluntad, sin consultarle, se le frustran sus expectativas o se le prohíbe ejercer su libertad, en una palabra, se le oprime. **Para Beauvoir, la opresión siempre es impuesta al oprimido desde fuera, desde los otros: siempre es infligida.** Considera que la situación de las mujeres en nuestras sociedades patriarcales es opresión, es consecuencia de lo que hacen los hombres con ellas: no les permiten actuar como seres humanos, proyectar libremente lo que quieren ser y realizar sus proyectos, trascenderse. Las obligan a permanecer en la inmanencia, a cosificarse, a elegir a través de una voluntad que no es la suya, como la del esclavo hegeliano. Las convierten en "Otras".

Lo femenino, pues, no es una esencia, no es la esencia de las mujeres -una existencialista no admite esencias fijadas de antemano ni construidas en serie-, sino una forma de ser que nos ha sido impuesta por el conjunto de la sociedad cuyo poder no está en nuestras manos. **«No se nace mujer: se llega a serlo».** De modo que el ejercicio de su trascendencia comienza por una lucha contra el ser que se les fuerza a ser.

Para Simone de Beauvoir, lo que verdaderamente distingue a la hembra humana del macho no es la estructura biológica de las mujeres, sino la evolución que sufren las funciones que va asumiendo su cuerpo, lo que la subordina a la especie en cuanto hembra, pero no en cuanto individuo, pues su cuerpo es otra cosa que ella misma; de modo que, lo haya decidido o no, la gestación es un trabajo costoso que no

produce beneficio individual a la mujer, y el parto es doloroso y peligroso; la lactancia una servidumbre. Los datos de la biología no explican su condición de "Otra".

Aunque coincide con Engels en que la menor fuerza física de las mujeres para manejar las armas de caza y de guerra y las «servidumbres fisiológicas» a la especie, en la Edad de los Metales, les fueron absolutamente desfavorables, fue la **tendencia originaria de los varones** de afirmación en su individualidad la que permite comprender mejor el interés por sus posesiones y también el hecho de que incluyeran a las mujeres entre sus posesiones, de modo que los varones se beneficiaron de su ventaja y las sometieron a su poder. Las mujeres, además, reconocieron el valor del guerrero, el que conquista tierras, vence al enemigo y caza; celebraron sus victorias con toda la tribu. Mientras el hombre mata -en la guerra y en la caza- es decir, quita la vida, la mujer tiene como tarea fundamental la de parir hijos, es decir, dar la vida. Uno es el sexo que mata; otro el sexo que engendra. Y el primero dominó al segundo.

Lo que sea un varón y lo que es una mujer constituyen sendos productos culturales que se fabrican desde el nacimiento hasta la edad adulta. Con la famosa sentencia: «No se nace mujer, se llega a ser mujer», Beauvoir se adelantó en unos cuantos años a la conceptualización del género, es decir, a la noción de **género como una construcción cultural**. El sexo haría referencia a las distintas características biológicas que diferencian a varones y hembras. El género se relaciona con los diferentes roles o papeles que la sociedad reserva a hombres y mujeres que implican distintos modos de comportarse y distintas actitudes. Digamos que el sexo hace referencia a diferencias establecidas por la naturaleza entre machos y hembras de una especie, mientras que el género hace referencia a diferencias establecidas por la cultura y la sociedad entre hombre y mujeres. Según esta conceptualización, hecha en la década de los 70 por la antropóloga Gayle Rubin, lo masculino y lo femenino son productos sociales de lo que denomina sistema de género/sexo en virtud del cual la hembra humana (biológica) se transforma en mujer (oprimida) de un modo similar al que la institución de la esclavitud transforma al «negro» en esclavo. Es decir, las relaciones de dominación patriarcal son las que llegan a convertir a un ser humano mujer en doméstica o reproductora o en objeto sexual al servicio de los varones. El sexo, convertido en género, es un principio organizador de la sociedad, el que determina qué puede hacer una mujer y qué puede hacer un varón. Y dado que la opresión es infligida, se trata de una opresión de la que pueden liberarse. Para conseguir la liberación de la opresión, nuestra filósofa recomienda: en primer lugar, educar a las niñas en la autonomía; es decir, como se educa a los niños, teniendo en cuenta que la independencia económica es una condición de emancipación, pero no es todavía estar emancipada. En efecto, muchas mujeres están divididas entre sus intereses profesionales y sus impulsos afectivos. Por eso, muchas de ellas no se plantean metas profesionales muy elevadas, y si lo hacen, han de mostrar su valía como el primero de los varones, porque la casta superior siempre es hostil a los recién llegados de la casta inferior. Y no se valoran porque lo primero que se le pide a una mujer es que cumpla con las tareas propias de su sexo, como se decía en la época en que escribió su ensayo Simone de Beauvoir. De modo que se requiere que el trabajo no profesional, el que requiere la casa y la familia, se reparta equitativamente entre los sexos. Solo así se lograría la equiparación con los varones.